

Opinión

EN CARICATURAS

Peligroso defender el medioambiente



19 años del caso Jineth



¿Gran corrupto o ejemplar empresario?

Su mansión de fachada grisácea en Bocagrande tiene tres alturas, siete espigadas palmas, rejas y un guardia de seguridad las 24 horas. Frente a la catedral construye un hotel y otro en el barrio Getsemaní, que generó polémica por agregar pisos modernos a un edificio patrimonial. Nada extraordinario para el contratista más poderoso, cuestionado y temido de la Costa. Muchos bajan la voz y hablan entre susurros para referirse a él, así no haya nadie cerca, como si tuviese oídos por todos los rincones.

Pocos saben en Bogotá, Cali o Medellín de su existencia, pero en la región Caribe, en el Gobierno y en la Fiscalía General es de sobra conocido.

"Todos los fiscales de la Costa sabemos quién es Alfonso 'el Turco' Hilsaca", asegura uno de ellos. El problema es cómo vencer su asombrosa capacidad para escabullirse por las pútridas alcantarillas del sistema judicial. Aunque la Fiscalía lo ha puesto contra las cuerdas, y en dos ocasiones lo encarceló, siempre consigue salir airoso.

"Le tienen un temor enorme porque el tipo es de cuidado", comenta un taxista cartagenero. "Nunca le pasa nada porque cuando tienen las pruebas contra él, les dice: ven acá, ¿cuánto quieres para que ese proceso no me lo saques? Tiene cómo hacerlo: poder y plata". Y un poblador de Turbaco anota: "Los alcaldes están vendidos, le dan los mejores contratos. Y no le pasa nada".

Quizá el crimen de las cuatro



¿Por qué le temen?
Salud Hernández-Mora

prostitutas en la plaza del Reloj, de Cartagena, en 2004, donde parecía acorralado por el cúmulo de testimonios que lo incriminaban, incluido el de un sicario, supuso su mayor triunfo, el que acrecentó su fama de invencible escurridizo. Los testigos voltearon su declaración y, tras nueve meses preso en Sabanalarga, salió libre.

"A Miriam Martínez Palomino, que llevaba el caso y lo capturó en el 2009, se le atravesó una zorra en un viaje de Cartagena a Barranquilla y perdió la vida", recuerda una fuente. Y el fiscal Hugo Raúl Quintero, que le imputó un homicidio para silenciar a un testigo, terminó primero defenestrado y después exiliado porque su vida corría "un riesgo extraordinario" y le quitaron la escolta.

La primera vez que escuché del "Turco" Hilsaca fue alrededor del 2000. Entonces lo asociaban a narcos, a paramilitares, a 'la Gata'. Más tarde, a alcaldes y gobernadores corruptos. A lo largo de los años entrevisté a diversos empresarios temerosos de su oscuro poder, que lo acusaban de tumbar-

los. Y a funcionarios, fiscales y testigos de sus (presuntos) delitos.

Dos únicas veces me he referido a él en escritos, el mismo número de demandas que me ha puesto. Le molesta sobremanera que le persiga la imagen de empresario tan avispado e inteligente como corrupto y tramposo.

Creció en Mompox, donde se afincó su familia, originaria de Líbano. Comenzó a trabajar en una empresa contratista de Ecopetrol, pero fue en Magangué donde dio el salto definitivo, el que marcaría el resto de su existencia. De la mano de la casa Espinosa Faciolince, poderoso clan político en la década de los 90, aprendió los secretos del indisoluble matrimonio entre candidatos y contratistas. Creó Construcciones Hilsaca, rebautizada AGM, y edificó un emporio.

Fue sumando contratos de alumbrado público, acueducto, tránsito, rellenos sanitarios... Logró que la gobernación de Bolívar construyera su sede en un predio suyo de Turbaco, lejos de Cartagena, y se hizo amo de Cardique, aseguran todos lo que entrevisté.

Un familiar me comentó que debería dejar de amasar más fortuna. "Le decimos: ¿para qué quiere más?". La respuesta me la dio una persona cercana a él: "Es de una avaricia insaciable y es muy resentido social, detesta al Club Cartagena, porque no lo dejaron entrar".

En Turbaco me acerqué a un grupo de lugareños que conversaban en el parque. Pregunté por el Turco. "Menos la iglesia y el cementerio, todo es suyo", contestaron riendo. ¿Permitirán las autoridades que todo siga igual?

Ora y labora



Barataria
Juan Esteban Constaín

El trabajo, lo que hace la humanidad para ganarse la vida 'con el sudor de la frente', como se dice siempre, suele tener dos interpretaciones contrapuestas, al menos en la tradición cristiana, para no irse tan lejos: una interpretación negativa y trágica, y además muy difundida, sobre todo entre algunos miembros de la clase trabajadora, la del trabajo como un castigo divino; y otra interpretación optimista, la del trabajo como una bendición.

La primera escuela, si hemos de llamarla así, acoge la voz autorizada de la Biblia casi desde el comienzo, pues en el libro del Génesis (3:17) nos dice Dios que le dijo a Adán: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan...". Era su forma de castigarlos, a él y a Eva, por haber probado el fruto prohibido que les susurró la serpiente. Vino entonces la expulsión del Edén para que el hombre "labrara la tierra de la que fue tomado...".

La segunda escuela, la del trabajo como una bendición, tiene abundantes fuentes bíblicas también -en los Salmos, en los Proverbios, en el Nuevo Testamento- pero tiene sobre todo un argumento de autoridad que le dio la teología protestante tanto calvinista como puritana, en la que trabajar es el mejor camino para congraciarse con Dios. O como dijo Tim Kreider: "Los puritanos se inventaron el trabajo como virtud cuando es un castigo".

Sea lo que sea, en ambos casos el trabajo implica un gran esfuerzo:

una dicha o una maldición, según cada quien, pero algo que por sí solo se justifica y que no necesita ni más alicientes o celebraciones ni más padecimientos o privaciones. Trabajar es un verbo que se escribe siempre en gerundio: se está trabajando, para bien o para mal, y si no es así es porque uno o está desempleado o vive de la renta.

Es famosa, aunque discutida, la etimología latina de la palabra 'trabajo', que viene del *tripalium*: una especie de estaca multiforme, por lo general hecha de tres palos, de ahí su nombre, que servía para amarrar a los animales y que luego se usó para torturar a la gente. Por eso en el bajo latín se decía *tripaliare* -'tripalar', sí- para emprender un suplicio. Es probable que hubiera otros usos de alcoba, pero ese es otro tema.

Lo curioso es que en el mundo contemporáneo se busca por todos los caminos no solo dignificar el trabajo, faltaba más que no, aunque es al revés porque el trabajo dignifica, sino hacerlo amable y plá-

cido a toda costa, festivo, muchas veces como si se tratara de otra cosa. Eso ha producido tradiciones magníficas, pero otras funestas, sobre todo para quienes tienen un temperamento resignado, tímido, discreto, hurraño o silencioso.

Entre las tradiciones funestas, para los que las odian, claro, están los llamados 'procesos de socialización': las convivencias, las fiestas de fin de año, las yincanas de oficina, el día del amigo secreto, la cada vez más opresiva e inevitable 'pausa activa': arriba, abajo, arriba, abajo. Habrá quienes digan que esos amargados preferirían seguir como en el siglo XIX, el colmo, aunque hay quien de verdad tiene suficiente con su trabajo y ya.

El dilema lo resolvió hace poco, en Arnold, Missouri, un joven que trabajaba en un alquiler de carros y quien decidió echar en el agua de sus colegas, sin que ellos lo supieran, dosis generosas de LSD. Los veía tan estresados y tensos que se le ocurrió esa brillante idea, después de cuya ejecución el ambiente laboral fue sin duda otro, quizás mucho mejor. Al menos más colorido, más vívido, más intenso. Eso por no hablar de la hora del almuerzo.

Y es injusto, porque una iniciativa que ya debería formar parte del plan de acción de las mejores oficinas de recursos humanos del mundo, le valió a su autor la cárcel y el despido.

Cuando han debido nombrarlo el empleado del mes.

catuloelperro@hotmail.com



Tubo de ensayo
Thierry Ways

Disney world

La película de superhéroes que más recuerdo de mi infancia es *Superman III*. No porque fuera muy buena -todo lo contrario-, sino porque en esos días era raro que Colombia figurara en una producción de Hollywood. En esa cinta, el genio de la informática Gus Gorman, interpretado por ese genio de la comedia que fue Richard Pryor, utiliza un 'satélite climático' para enviar un ferroz tornado a destruir nuestra zona cafetera. Afortunadamente, aparece el Hombre de Acero, acorrala la tormenta y salva la cosecha.

Los efectos especiales habrán mejorado, pero los argumentos de las películas de ese género son tan descabellados hoy como en mi niñez. En aquella época, sin embargo, se entendía que eran productos de entretenimiento barato, dirigidos a niños, adolescentes y nichos de fanáticos. Hoy, como evidencia el descomunal recaudo de taquilla de la última *Avengers*, el género es un fenómeno cultural masivo que apasiona también a legiones de adultos.

No tengo nada en contra de los superhéroes, y menos en contra del entretenimiento barato, al que bastantes horas de mi vida le he dedicado. Pero algo está cambiando, me parece, en la cultura occidental, o a lo mejor en la global, para que, el fin de semana de lanzamiento de una película, millones de personas de 20, 30 y hasta 40 años hagan largas filas y paguen entradas revendidas para ver al Increíble Hulk o al Capitán América. Una extraña infantilización ha infectado el mundo.

Siento una punzada de incomodidad -de pena ajena- siempre que un periodista le pregunta a un oyente o a un entrevistado, todos hombres y mujeres hechos y derechos, cuál es su superhéroe predilecto, o si lo satisfizo la "resolución del conflicto" entre Thanos y los Avengers. Pero el añiñamiento al que me refiero no se limita al campo cinematográfico. Lo mismo me pasa en las salas de espera de los aeropuertos o los consultorios, donde observo adultos concentrados en algo muy importante en su celular que resulta ser un tablero de Candy Crush. O cuando visito esos 'espacios de trabajo' -no los llamemos 'oficinas', que se ofenden sus ocupantes-, copiados de las *start-ups* de Silicon Valley, en los que son de rigor las consolas de videojuegos o los bates de felpa para que los mayores de edad que allí laboran puedan disipar el estrés de la manera más 'lúdica' posible. Siempre, en esas situaciones, me pregunto ¿hay algún adulto en el lugar?

A muchos les parecerá exagerado todo esto, y me dirán que es inofensivo, y hasta deseable, "entrar en contacto con el niño interior" o alguna otra mentecatería de libro de autoayuda de caja de supermercado. A mí, por el contrario, tanta ostentación de puerilidad me parece el síntoma de una dolencia social avanzada. Quizá el capitalismo tardío les ha cedido al Estado y a las grandes corporaciones el cuidado de tantas cosas -la salud, la educación, la vejez, el medioambiente, etc.: una lista creciente de responsabilidades de las que nos hemos desprendido- que el individuo, cada vez menos apoderado de su destino, halla razonable prescindir de la madurez otrora necesaria para ser dueño de su vida.

¿Y no estará relacionada la infantilización de la cultura con el resurgimiento del autoritarismo en tantas partes del mundo? No, no digo que los fans de Thor o de Batman hayan creado a Bolsonaro, Duterte, Erdogan, Orban, Putin o Chávez. Pero sospecho que, en algún rincón profundo del inconsciente colectivo, los fenómenos están conectados. Una sociedad de adultos inmaduros se comportará con toda la impaciencia, los caprichos y la escasa tolerancia para la frustración que exhiben los niños. ¿Y qué anhela un niño inconforme más que la tranquilizadora mano firme de la autoridad paternal, esa que, secretamente, invoca a través de la rabieta?

@tways / tde@thierryw.net



Síntoma de una dolencia social avanzada. ¿No estará relacionada la infantilización de la cultura con el resurgimiento del autoritarismo en tantas partes del mundo?